

## CARTAS DE MISIONEROS

## JERUSALEN

## La peregrinación turca á la Meca

Es del R. P. Fr. Antonio Aracil, O. F. M., la siguiente correspondencia, notable por los interesantes detalles que contiene; se ha publicado en la *Revista Franciscana*, de Vich:

**T**ERMINADAS las fiestas del Ramadán, presto comienzan los preparativos para la gran peregrinación á la Meca, que todo secuaz de Mahoma debe hacer al menos una vez en la vida, ó sino substituirse por otro que satisfaga por él tal visita al sepulcro de su profeta. Las visitas, los agasajos y despedidas enternecedoras que se tributan al afortunado peregrino en todas partes, parecen significar que se trata de un viaje á la eternidad, como así es en efecto para muchos infelices, que, no pudiendo resistir las inclemencias del tiempo, las molestias y cansancios del viaje y las privaciones y sacrificios de toda clase que durante su larga travesía por el desierto deben experimentar, sucumben miserablemente víctimas de enfermedad y del fanatismo religioso que les lleva á cometer excesos verdaderamente horrorosos. No es fácil darse cuenta de los percances y peripecias graciosísimas que durante sus cuatro ó cinco meses de expedición se sucederán entre ellos, y que darían en cualquier profano que lograra formar en sus filas materia para una entretenida y muy interesante novela.

Las caravanas que van todos los años á la Meca son muy numerosas; cada pueblo ofrece su contingente de peregrinos, que puede ser mayor ó menor, según la posibilidad y devoción de sus moradores, y que todos salen del pueblo respectivo en medio de la mayor algazara, para incorporarse á las dos grandes caravanas que salen de Damasco y del Cairo con carácter oficial. Toda la población sale en masa á despedir á los peregrinos, se despliegan al viento todos los estandartes y banderas de las mezquitas, ensordecen los aires con su sonido estruendoso los golpes del tambor que á compás siguen los gritos de las turbas, chiquillos y niñas que con infernal gritería acompañan buen trecho á los expedicionarios, sin cejar en su empeño aun cuando el cielo les agüe la fiesta con gruesas gotas de lluvia, como sucedió la vez que presenciábamos nosotros tan solemne y fantástica despedida. Para comprender este y otros actos religiosos de la vida musulmana y la importancia que entre ellos representa, precisa darse cuenta de su fervor y entusiasmo religiosos que no vienen nunca á menos y que se conservan siempre vivos y sugestionadores á través de las revoluciones sociales de los pueblos. Sin dejarse dominar jamás de las oscilaciones morales de los tiempos, permanecen fieles á las enseñanzas del Corán y á las tradiciones del pasado, atentos siempre á no malquistarse con Alá y con su profeta Mahoma. Hoy como ayer, mañana como hoy, y pasado como hace mil años, observan los mismos usos tradicionales. Sólo atendiendo á este su atascamiento religioso se comprende el que todos los años abandonen

sus hogares cientos de miles de mahometanos, y se impongan la gravosa correría por los arenales del desierto y por los montes de la Arabia en busca del sepulcro de su idolatrado impostor, sufriendo hambre, sed, intemperies y molestias de toda clase para á la postre arrojar sus vestidos en las cercanías de la Meca y presentarse desnudos con el borde solo de estofa en las espaldas, y en esta manera acercarse á besar la tumba gloriosa depositaria de las reliquias del famoso zancarrón. Es necesario tener presente que los peregrinos no son de baja condición, ni de la plebe, *alias vulgo*, que difícilmente podrían sufragar los gastos de viaje, sino que pertenecen á la clase acomodada, si bien no faltan los primeros, sobre todo de los países cercanos á la Meca.

La salida de la caravana oficial, que sale de Damasco y del Cairo respectivamente algún tiempo después de la fiesta del Beirán, es de lo más curioso y entretenido, según cuentan los que lo han visto.

Los peregrinos llamados, en árabe *jachis*, procedentes de la Turquía europea y asiática, se congregan en Damasco y salen del Midán en medio de animación extraordinaria. Sobre un camello ricamente enjaezado con conchas, sonajas y monedas de oro, se coloca la pequeña tienda sagrada que acompaña á los peregrinos, constituida por soberbios tapices verdes recamados de oro y que oculta el pendón del profeta y un viejo Corán. Otros dos camellos, aparatadamente ornados con lujo oriental, conducen sobre consistentes angarillas una espléndida portantina cubierta con tapices de colores chillones, en la que van como presidiendo la peregrinación dos santones medio desnudos tendidos sobre cojines. Formando parte del religioso cortejo van los ulemas, vestidos de verde y con blancos turbantes; sigue el enjambre de *jachis*, montados en camellos unos, otros en caballos ó mulas y quienes en literas, que con majestad y prosopopeya se desenvuelven en la avenida, aclamados por la multitud atestada en las calles del tránsito, en azoteas, ventanas y almenares y que les sigue buen trecho, y por los gritos estridentes de las mujeres que envueltas en sus blancos isares y veladas con el negro burco contribuyen á realzar los tintes del fantástico y original cuadro. Otro tanto sucede al retorno de la peregrinación, y aún más si cabe, por cuanto los expedicionarios vienen santificados é investidos de un no sé qué de sobrenatural y divino. ¡Pobres gentes!

La caravana del Cairo la forman los mahometanos de Africa y los de las partes vecinas al canal de Suez, y todos aquellos á quienes es más fácil el viaje por este lado. Ofrece igual encanto que la peregrinación salida de Damasco. El magnífico tapete que envía el sultán llévase con gran solemnidad á la ciudadela dentro de la mezquita de Maomet-Alí, para ser en ella cosidos todos los trozos que han de componer el *sagrado tapete*, especie de palio de terciopelo recamado y bordado en oro, que ha de cubrir el sepulcro del profeta duran-



te todo un año. Es aquél de una riqueza extraordinaria, en cuya confección se emplea un año; penden de sus lados largos cordones adornados de oro y pedrería, y se lleva en triunfo á la Meca para luego ser devuelto con mayor solemnidad. Permanecen los peregrinos en la Meca un mes, y en ella celebran la fiesta del sacrificio ó del carnero, en que se sacrifican por todo el mundo musulmán millares de cabrones y de carneros. Todo peregrino está obligado á sacrificar al menos uno; hay quien sacrifica diez ó más según sus haberes, y los que no pueden emprender el viaje de la peregrinación, encargan á otros hagan por su cuenta el sacrificio. La fiesta dura tres días que son días de alegría, de canto, de música, de procesiones tumultuosas, de juegos públicos, de disparos de fusil, iluminaciones nocturnas, de cómilonas y... de gritería infernal. Los santones por su parte divierten á la gente con los bailoteos y extrañezas de su fanatismo, llevado al último grado de exageración. Desnudos en gran número juegan á la espada; quien se tiende sobre ella al parecer metiéndosela hasta las entrañas, quien se da de cuchilladas en los brazos, acribilla el pecho de puñaladas, ó aparece con el rostro desfigurado á fuerza de tajos que lo ensangrentan de horrorosa manera, y no faltan quienes se saquen uno ó los dos ojos, volviendo ciegos ó tuer-tos á su país para no ver ya cosa alguna del mundo que comparada con la reliquia del zancarrón es pura nada. Excusado es decir que con semejantes excesos y con otros peores que es fácil adivinar con la aglomeración de todas clases de gentes, con las víctimas de carneros que yacen muertos por el suelo, en la imposibilidad de poder consumirlos todos, con el hedor de sus inmundicias, sangre y tripas, que no se cuidan de sepultar, y con otros elementos y gérmenes de corrupción se desarrolla los más de los años la peste y el cólera, que, á más de dejar á muchos tendidos en el campo de batalla, al pie del sepulcro de su profeta, la van luego regalando en su retorno por todos los lugares por donde quiera que pasan.

## NOTICIAS VARIAS

### Roma.

*Nueva Diócesis y Vicariato Apostólico.*—Por reciente disposición se erige la nueva archidiócesis de Simla, en las Indias Orientales. Visto el aumento creciente de las cristiandades en aquellas diócesis apartadas, se separan algunos distritos de la archidiócesis de Agra y de la diócesis de Lahore, y se forma la nueva archidiócesis en la ciudad de Simla.

Esta es capital del distrito de Pandschab, situado en una de las vertientes del Himalaya, á 2,160 metros sobre el nivel del mar, con 15,000 habitantes, de los cuales el 60 por 100 son indios, el 25 por 100 mahometanos, y unos 2,000 cristianos. Los Misioneros Capuchinos sostienen una importantísima Misión, y las diócesis de aquellos territorios á ellos les están confiadas, y esta nueva se entrega á su cuidado, según expresa la misma Letra Apostólica con el siguiente elogio: «*La nueva archidiócesis la confiamos con el mayor gusto á los cuidados apostólicos de los Frailes Menores Capuchinos, por cuanto que ellos han trabajado muy bien y con asiduidad en ensanchar la Religión Católica entre los indios.*»

Agra, metropolitana, tiene por sufragáneos á los Obispos de Allahabad y Lahore.

De Agra es Arzobispo el P. Carlos José Gentili, de los Menores Capuchinos. Nació en Bertinoro el 19 de Noviembre de 1840. Promovido el 27 de Agosto de 1898.

De Allahabad es Obispo el P. Petronio Francisco Gramigna, de los Menores Capuchinos, nacido en Castel Bolognes el 5 de Diciembre de 1843; elegido el 25 de Agosto de 1904.

De Lahore es Obispo el P. Fabián Antonio Eestermans, de los Menores Capuchinos, nacido en Meerle, archidiócesis de Malinas, el 24 de Abril de 1858; elegido el 11 de Abril de 1905.

### Francia.

*Una familia bendecida.*—Lo es, en efecto, la familia Huctin, de Poitiers, que cuenta cinco misioneros, sacerdotes ó religiosos.

El P. Basilio Huctin, misionero en el Tonkin; el P. Valentin Huctin, misionero de la Orden de los Oblatos de María Inmaculada en Joffua, isla de Ceylán; el P. Alfredo Huctin, perteneciente á la misma Orden y misionero en la citada ciudad, y dos hermanas de los anteriores, Religiosas en un convento de Joffua.

Verdaderamente puede considerarse bendecida por Dios esta familia consagrada de tal suerte á su servicio.

### Estados Unidos.

*Estado floreciente de los Colegios de los Padres Jesuitas.*—El primero de Octubre de 1910 había en los treinta y seis colegios de la Compañía de Jesús en los Estados Unidos y en los tres de Canadá 15,456 estudiantes, de los cuales 3,583 seguían cursos universitarios de medicina, leyes, ingeniería, etc.

*Una iglesia para sordo-mudos.*—En la ciudad de Nueva York, donde hay unos mil sordo-mudos católicos, compadecido de su desgracia el Rdo. P. Mac Carthy, viene éste consagrando su existencia á instruirlos y consolarlos, y, como complemento á obra tan caritativa, ha emprendido la construcción de una iglesia para uso exclusivo de esos desgraciados, y espera terminarla en breve.

Esta es una nueva prueba de las maravillas de la caridad católica, que sabe encontrar un remedio para cada necesidad.

### Canadá.

*Protesta viril.*—Centestando al llamamiento del señor Arzobispo de Montreal, 25,000 católicos se reunieron en el Campo de Marte para protestar contra los insultos dirigidos al Papa por el masónico alcalde de Roma. El Ayuntamiento de Montreal también votó resoluciones de protesta contra el mismo en nombre de las tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad.

### Japón.

*Expedición japonesa al Polo Sur.*—Ha salido del Japón en medio de gran entusiasmo, bajo las órdenes del lugarteniente Shirase, una excursión que tiene por objeto ir á la conquista del Polo Sur. Aunque no ha sido preparada por el Gobierno, está, sin embargo, apoyada eficazmente por él. Antes de la salida de los expedicionarios, el conde de Okuma dió en Tokio una interesante conferencia pública, en la que declaró que los japoneses deben, de aquí en adelante, tomar parte en todas las empresas científicas, que hasta la época presente han sido sólo del patrimonio de Europa. El *Jitsu Gyono Nippon*, periódico que se publica en la capital mencionada, inserta numerosos detalles acerca de los excursionistas y copia las declaraciones del director de la expedición. «Tenemos la más grande probabilidad—ha dicho Shirase—de penetrar en las regiones antárticas que han opuesto siempre gran obstáculo



á toda tentativa. Nuestros rivales, los europeos, hacen complicadísimo su viaje por agradecerles ir rodeados de comodidades, por lo que se les hace difícil acostumbrarse á las molestias. En cambio, los japoneses, habituados á una vida sobria, disciplinada, al par que fatigosa, podemos desafiar los rigores polares, con mucha menos incomodidad y sufrimiento. Los europeos, en preparar sólo la «maleta de viaje» gastan sumas considerables, cargándose además de aparatos costosos, que en la mayor parte de los casos les sirven de poca ayuda. Finalmente, con treinta mil francos puede un japonés realizar el viaje, mientras que los exploradores europeos reclaman trescientos mil.»

La misión japonesa se compone de 18 personas. De ellas, siete van dedicadas á estudios y trabajos científicos; las restantes pertenecen á la marinería. Un «schooner» de doscientas toneladas ha sido fletado para este fin y lleva á bordo diez perros siberianos, para el acarreo de los trineos. El lugarteniente Shirase dividirá sus compañeros en dos grupos. Con cuatro hombres y con cinco perros se dirigirá en dirección del Polo, hacia el 20 de Noviembre. Los otros exploradores tendrán encargo de atender á las vituallas y de establecer puestos ó tiendas de campaña en los caminos recorridos. Cree Shirase que hacia el 28 de Enero será la fecha de su llegada al Polo Sur, circunstancia que se aprovechará para clavar en él la bandera japonesa.

#### Islas Fidji (Oceanía).

*La danza del fuego.*—Escribe desde Naidiri el Rdo. P. Lejeune, marista: «Tiempo hace quiero relataros lo que aquí conocemos con el nombre de *danza del fuego*. Hoy que mis ocupaciones me lo permiten, relataré brevemente la que creo diabólica danza.

«Es una costumbre rarísima, y dudo se encuentre en otras tierras que en las islas Marquesas y en estas de Fidji; y aun de éstas sólo la practica una tribu de la isla Mbenga: la isla Kandavu, donde resido, es vecina de la anterior, y por esta razón me ha sido fácil conocer los detalles que continúo.

«Empezaré exponiendo los hechos. Un horno fidjiano es una fosa de 4 á 5 metros de diámetro por uno de profundidad. Echan en él enormes leños á los que pegan fuego. Cuando las llamas se elevan potentes, tiran sobre ellas gruesas piedras, escogidas con sumo cuidado á orillas del mar. Al poco tiempo el fuego las calcina, logrado lo cual llega el momento de sacar los troncos medio consumidos para cocer sobre las piedras la comida preparada.

«Se acercan al horno un grupo de robustos jóvenes. Provistos de largas horquillas sacan uno tras otro y con paciencia suma, los elementos inútiles de entre las piedras incandescentes y colocan éstas ordenadamente en el fondo de la fosa para que reciban los cerdos, ñames... todo el *menú* del festín. Bien colocado sobre las piedras cuanto deben cocer, lo cubren con largas hojas de banano y luego con espesa capa de tierra.

«A las dos horas la comida está pronta y puede servirse.

«Bueno, estos son hechos ó antecedentes; pero no es propiamente lo que quería referiros. Al grano. Cuando las piedras están blancas porque el fuego las ha convertido en *fuego*, y cuando el intenso calor que despiden el horno obliga á los espectadores á permanecer á respetuosa distancia, de súbito salen de entre los arbustos vecinos un grupo de gentiles muchachas. Vestidas de fiesta, todo el cuerpo embadurnado co-

piosamente con aceite, colgados á la cintura los típicos adornos indígenas y al rededor del cuerpo, del cuello, de los brazos y de las piernas los *salusalu*, extrañas guirnaldas multicolores; en conjunto, los adornos son de lo más inflamable. Sin titubear avanzan derecho al horno, y saltan sobre las piedras ardientes, y se pasean por ellas, y vienen y van despacio, tranquilas, sin que al parecer sientan la menor molestia ni mucho menos los naturales efectos de aquel calor insoportable; luego se retiran sonrientes, pero no á los pocos segundos, sino después de largo rato, cuando han satisfecho la cu-



ALASKA.—JOSÉ, EL NIÑO DE CORO DE MARY'S IGLOO.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Bernard. (Pág. 356).

riosidad de los más exigentes espectadores. Ni el cuerpo ni los adornos han sufrido la menor quemadura. Las ligerísimas guirnaldas que las cubren casi de pies á cabeza no han sido ni chamuscadas por el fuego.

Este es el hecho, que no he logrado presenciar nunca, pero cuya notoriedad es tal, que no me atrevo á dudar de su exactitud. Como se ve, resulta difícil no admitir la intervención diabólica. Satán, que con tanta exactitud es llamado *la mona de Dios*, emplea estratagemas como esta para herir la imaginación de los pueblos ignorantes, y así conservar en la más degradante esclavitud estas almas que sólo se dejan influir por lo que hiere sus sentidos. Digo conservar en la esclavitud, porque los Misioneros católicos han, repetidas veces, ensayado implantar en Mbenga nuestra santa Religión, y siempre han encontrado oposición invencible.





## ENTRE LOS ESQUIMALES.—NUESTRA SEÑORA DE LOURDES EN MARY'S IGLOO (ALASKA)

POR EL R. P. JOSÉ BERNARD, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)



El único edificio de la Misión es de madera; el techo y las paredes están cubiertos de papel embreado que me preserva de la lluvia, pero no del frío. Cuando el termómetro desciende á 50, 60 ó 70° bajo cero, mi cabaña es una nevera.

Juzgado sino, por el hecho siguiente.

Una mañana, después de limpia y secada la vajilla, fuí á echar agua al puchero; á consecuencia de un movimiento brusco derramé una parte por el suelo. Tomé un trapo de los suspendidos junto á la estufa, disponiéndome á hacer desaparecer el efecto de mi torpeza, cuando observé con estupefacción que el agua derramada se había helado, de manera que en vez del trapo ó bayeta tuve que servirme de una hacha para quitarla de allí.

Detrás del edificio, que mide en conjunto unos nueve metros de ancho por doce de largo, se encuentra un *cash*, especie de toldo sustentado por cuatro estacas y elevado unos tres metros del suelo.

Allí guardo las provisiones de mis perros: pescado seco, pescado helado, focas, etc. Da acceso al mismo una escalera, con lo cual protejo dichas provisiones de la voracidad de mis perros y de los perros de mis vecinos. Debajo de este *cash* guardo los trineos.

El trineo de que me sirvo para mis viajes mide diez pies de largo por dos de ancho, y vacío, pesa sesenta libras.

Puedo cargarle hasta quinientas libras; pero en general mi equipo no excede de trescientas. Sin duda os extrañará tal cargamento. En el mundo antiguo, muchos recorren toda la Europa con un paraguas por único equipo. En Alaska el paraguas es un objeto desconocido; la razón de ello es que, las más de las veces, el agua que el cielo nos envía llega á nosotros en forma de nieve, de cuyos copos recibimos cada año abundante provisión.

En el trineo pongo la capilla, que va dentro de un saco impermeable; mi *sleeping-bag* (saco de piel con el que me envuelvo para acostarme), una cajita conteniendo una tetera de hojalata, y una sartén para freír algunos alimentos. Añadid á esto el pescado seco para los perros (cada uno consume de dos á tres libras diarias) y lo necesario para reparar los arneses ó el trineo en caso de accidente.

Como antes dije, estoy de viaje la mayor parte del año. Este invierno particularmente, he llevado la vida del judío errante. Cada mes visitaba, en un radio de 150 á 200 kilómetros, seis campamentos, ó de esquimales ó de buscadores de pepitas de oro. Esta visita mensual me roba casi dos semanas y representa algo así como 500 kilómetros de camino. Dos veces al año visito los campamentos más distantes. Mi último viaje

duró del 17 de Marzo al 10 de Mayo de 1909. Recorrí mi distrito en toda su extensión, del estrecho de Behring al extremo Sud del Océano Artico, é hice más de 1,700 kilómetros con mis perros y trineo á través de mares, ríos, valles y montes. Debo confesar que mi tiro de perros es bueno, y Spat, mi *leader* (jefe de fila), excelente.

En esta larga excursión he tenido algunas aventuras, de las que, con la ayuda de mi ángel custodio, he salido siempre ileso.

Los Esquimales de Mary's Igloo, viendo que terminaba Abril y que el «Gran Padre» (este es el nombre que me dan) no regresaba, empezaron á inquietarse, pues saben cuán peligroso es viajar en el mes de Mayo. Algunos llevaron su imaginación hasta suponer que podía haber sido sepultado entre dos *icebergs*. De regreso á mis penates les hice saber que un borgoñés no es una señorita. A lo que respondieron con un expresivo «¡Hin-hin!» para darme á entender que preferían verme en la Misión, que no andando por los hielos del Océano Artico.

Para ir de Mary's Igloo al estrecho de Behring, donde hay un campamento esquimal de unas 300 almas, primeramente debe uno dirigirse á un lugar de la costa llamado Teller. En él se encuentran los buscadores de oro y también algunos esquimales. Con nueve perros y un cargamento bastante pesado, cubrí esta distancia (70 kilómetros) en 6 horas 55 minutos.

El sendero se desliza á través de una serie interminable de arroyos, estanques, lagos y lenguas de tierra mezclados en confusión indescriptible: bien entendido el conjunto no es sino una vasta llanura monótona hasta lo indecible, en donde es muy fácil perderse.

Sobre todo hay una especie de mar interior de 120 kilómetros de extensión llamado *Salt Lake* (lago salado) que el sendero cruza de una parte á otra y sobre el cual no da mucho gusto verse sorprendido por una tempestad de nieve. Un amigo mío buscador de oro se encontraba, hará algunos años, en este lago cuando sobrevino una de estas tempestades: su *leader* pereció de frío, perdió el trineo y tuvo que luchar setenta y cinco horas con la horrible tormenta, cegado por la nieve, medio muerto de frío, sin provisiones y sin poder encontrar el camino que se desliza junto á una de las orillas del lago.

Doce veces he cruzado este invierno el *Salt Lake* y no he sido sorprendido por la tormenta más que una sola, en Noviembre último. El sendero había desaparecido por completo. En tales casos lo único que uno puede hacer es dejarse conducir por el *leader*. No podía distinguir nada á diez metros delante de mí y por añadidura se me había olvidado la brújula, de manera que me era imposible orientarme. El buen Spat me sacó del apuro marchando sin titubear y sin desviarse nunca del sendero. ¿Cómo? Por un instinto de que le ha dotado la



Providencia para ayuda y consuelo del misionero. Llegué á Teller sin incidente alguno y más pronto que si hubiese tenido á mi disposición un caballo de carreras.

Al día siguiente dije la santa Misa para una docena de católicos buscadores de oro que viven en aquel rincón de Alaska.

Al otro día, á eso de las siete de la mañana, salí de Teller para el estrecho de Behring; la distancia que debía recorrer excedía de 120 kilómetros. La costa está bordeada de altas montañas roqueñas, cortadas á pico sobre el mar. El sendero, por consiguiente, corre sobre los hielos del mar, entre encrespados *icebergs* (montes de hielo), acumulados con una confusión tal, que al viajero muchas veces no le queda otro recurso que escalar las inmensas barricadas que forman obstruyendo el camino.

Empecé mal: aún no hacía diez minutos que el trineo estaba en marcha, arrastrado á paso ligero por mis perros, que frescos y de buen humor se entregaban á un galope vertiginoso, cuando de súbito la parte delantera del vehículo chocó con un bloque de hielo, y, sin saber cómo, vi que el *leader* y cuatro de sus congéneres huían á escape, dejándome atrás con el trineo y otros cuatro perros.

¿Qué había sucedido? Algo muy sencillo, pero muy fastidioso al mismo tiempo. Ya sabéis que enganchamos los perros á la *Daumont*, esto es, de dos en dos, á lo largo de una cuerda de piel de león marino, cuyos extremos están atados uno en la parte anterior del trineo y otro en el arnés del *leader*. De manera que un tiro de nueve perros presenta el aspecto siguiente: dos filas de cuatro perros cada una colocados á ambos lados de la cuerda, y el *leader* más adelante, sólo y al extremo de la misma. A consecuencia del choque dicha cuerda se había roto, y la mitad del tiro, con el *leader* á la cabeza, brincaba por el sendero, contenta de no

tener que tirar ya del trineo. Naturalmente, la velocidad de su carrera había aumentado en razón directa de la disminución del peso del vehículo, que entonces era igual á cero.

¿Qué hacer?

Delante de mí tenía una distancia de 75 kilómetros antes de llegar á un abrigo en donde poder refugiarme durante la noche; imposible hacer este trayecto con solos cuatro perros, sin *leader* que los dirigiera, y con un trineo muy cargado.

Por otra parte, debía recobrar á toda costa los fugitivos, pues de lo contrario el *leader* probablemente daría media vuelta á la derecha y regresaría á Mary's Igloo (á 90 kilómetros de la costa), dejándome salir del paso como pudiese.

En un segundo me quité los vestidos de piel, á pesar del frío y de la brisa que soplabá, y estimulando con gritos á mis cuatro perros fieles, emprendí la marcha. Los bravos canes, viendo que sus compañeros saltaban y brincaban sueltos delante de ellos, emprenden un trote largo que daba gusto. Mas los otros, al sentirse espoleados, y entusiasmados con una libertad tan súbita como desacostumbrada, galopan sin ningún escrúpulo, y la distancia entre nosotros aumenta de minuto en minuto. Pronto me llevan más de medio kilómetro de ventaja. Detengo el tiro y el trineo, imploro la protección del Angel de mi guarda, prometo una Misa á las benditas almas, y me pongo á silbar con toda la fuerza de mis pulmones. Debo deciros que tengo una manera de silbar, una especie de silbido de llamada del que me sirvo para reunir á mis perros. Apenas he acabado, mi *leader* Spat se detiene y vuelve la cabeza hacia mí.

Repito el silbido, y, sin vacilar, el inteligente animal vuelve grupas, y viene á mí corriendo.

Deciros cuán acariciado y cumplimentado fué, tanto en francés y en inglés como en esquimal, sería perder el tiempo.

(Concluirá).

## RECUERDOS DE MI MISIÓN <sup>(1)</sup>

### Un organista improvisado

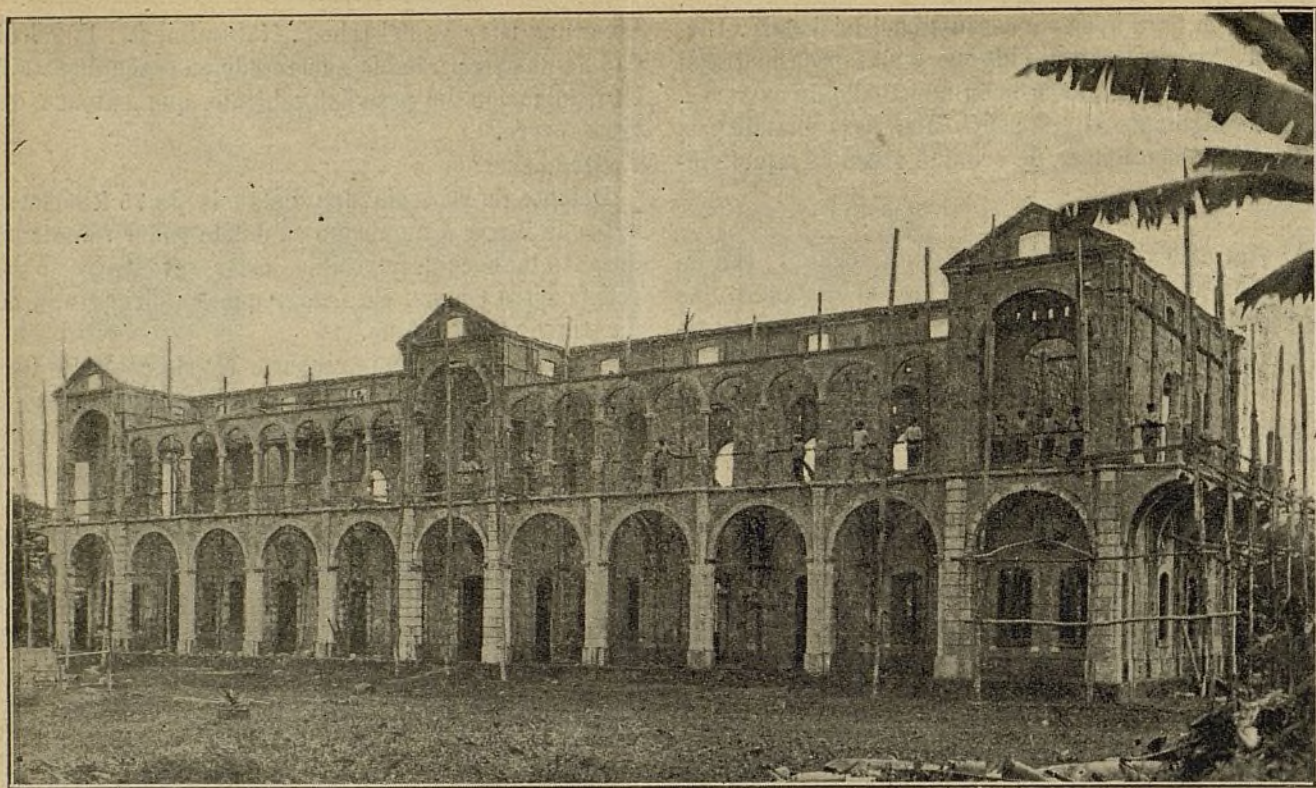


HARTO ya de oír destemples en el canto religioso de mi Misión, harto de presenciar las *mortales caídas* de mis cantores, que mientras para asegurarse mejor en el verdadero tono del canto empezaban á veces una octava más alta de lo que debían, la *Letanía* ó el *Tantum ergo*, etc., sin que ello obstase para venir al fin á sepultarse en *oscuros subterráneos* en los que morían por falta de respiración; y harto también de ver al pueblo, cuando acompañaba ó respondía al canto, largarse cada uno por su lado con la tonadilla que más le gustaba, ó que mejor cuadraba á la índole de su garganta y de su oído, sin que se ajustasen jamás al buen sentido de lo que con tanto afán y tanto trabajo se les enseñaba, empecé á pensar en la posibilidad de remedio, en la manera de

dominarlos y sujetarlos al rigor de la música. En mi concepto no había otro más que un buen órgano con cuyos sonidos por gracia ó por fuerza se obtendría el sujetar los tímpanos del pueblo y de mis cantores á riguroso tono.—Pero, ¿dónde encontrar órgano? y aunque por arte de birlibirloque, como suele decirse, cayera éste en mi poder, ¿dónde colocarlo, y dónde encontrar organista que lo tocara? Sólo pensar en ello sería ya en mí un síntoma de locura. Al menos, decía en mi interior, si me fuese dado conseguir un armonium, indudablemente que con él obtendría mi objeto; no faltaría por cierto lugar donde colocarlo, aun á trueque de ocupar la mitad del presbiterio de mi pobre capilla. Pero, ¿dónde encontrar también éste? y ¿dónde quién lo tocará? Y si bien á la primera parte hallaba hasta cierto punto fácil solución, recordándome que el Superior de la inmediata Misión, un anciano misionero italiano, tenía en su poder un originalísimo armonium hecho venir de París años atrás, por 100 francos (el *subido* precio

(1) Véase el n.º 363 de *Las Misiones Católicas*.





BANAPÁ (GUINEA ESPAÑOLA.—CASA COLEGIO DE ARTES Y OFICIOS DE LOS MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

(Notable edificio hoy completamente terminado, y del que reporta grandes beneficios la colonia)

es garantía del mérito de la prenda) y actualmente relegado al olvido, y el cual si no encerraba otros méritos, tenía al menos los de ser sumamente pequeño, midiendo apenas lo que una de nuestras zampoñas gallegas y casi de idéntica figura, y también el de hacer un ruido ensordecedor, capaz de enfurecer al más flemático, sin que se encontrase medio de morigerarlo, por lo mismo que los dos únicos registros de que disponía para modular sus sonidos eran dos tremendos fuertes, á cual más rabioso, cosa muy á propósito, en verdad, para vencer la rebeldía acústica de mis paisanos y aun de mis cantores, no me sería fácil, sin embargo, encontrar quien supiese tocarlo, ya que pensar en buscarlo en el país, donde para nada se conocían aún dichos instrumentos, sería tan absurdo como el pretender traerlo de Europa con los recursos de que disponía, aunque no fuese más que uno de tantos rapaces aprendices que se dan tono de organistas porque ejecutan con destreza unos cuantos arpeggios.

Y no obstante me era absolutamente necesario, indispensable, dar solución á aquel asunto, porque el canto religioso de la Misión no podía seguir siempre como hasta allí, ni las funciones de la iglesia podían celebrarse siempre del mismo modo que se había hecho hasta el presente: sería una irrisión, un escándalo, un burlarse de la misma Iglesia y de Dios, no obstante que mi gente nada viese de anormal é impropio en dichos cantos y actos religiosos, y por el contrario, sintiese mucho gusto en todo aquel lío que á mí me enervaba por completo, y titulasen sublime y divino lo mismo que á mí me proporcionaba colosales dosis de cólera.

Hasta allí nuestras Misas cantadas ó solemnes consistieron, en los primeros tiempos, en cantar los niños al

principio de la Misa unos *Kyries* casi semitonados que yo entonaba desde el altar para darles la cuerda, y cuyo canto tenía gran parecido á algunas de las seguidillas que por rutina improvisan á veces nuestros chiquillos en las calles cuando están de humor. A esto seguían el *Gloria*, la Epístola, Evangelio, *Credo* y *Prefacio* que sucesivamente cantaba yo solo desde el altar, en diversos tonos según el entusiasmo que me animase y según también me iba saliendo en aquel momento, pues no todo se preparaba de antemano, terminando la solemnidad con el *Sanctus* y *Agnus*, que los niños volvían á cantar en aquella jerga inexplicable de música, única que habían podido aprender. En tiempos posteriores ya los niños se encargaban también de cantar el *Gloria* y el *Credo*, siempre en la tonadilla arriba indicada, aliviándome así algún tanto de la insoportable carga de canto que sobre mí pesaba en los días de gran solemnidad y que me dejaba sin pecho y sin garganta; y últimamente ya sabían asimismo, para cubrir de algún modo los grandes vacíos que se notaban entre las principales partes de la Misa, intercalar algunos villancicos á la Virgen ó al Santísimo, con lo cual se hacían algo más digeribles nuestras solemnidades, pero siempre resultaban como incompletas y tristonas, al menos para mí, aparte de la amalgama y laberinto que muchas veces resultaba del canto.

Me resolví, pues, á escribir al anciano misionero pidiéndole el armonium indicado, dispuesto á improvisarme organista, como había visto lo hiciera algún otro misionero español en aquellas mismas tierras, recordando sin duda que en país de ciegos el tuerto es rey. Algo sabía de música, y mal sería ello que no encontrase un acorde para acompañar el sencillísimo canto que





II BANAPÁ (GUINEA ESPAÑOLA).—ALUMNOS DEL COLEGIO DE ARTES Y OFICIOS DE LOS MISIONEROS HIJOS DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

enseñara á los niños. En caso de apuro sabría seguirlos aunque fuese con un solo dedo, en la seguridad de que alcanzaría mi objeto, pues los fuelles habían de suplir á los dedos, y una sola nota me había de bastar para sujetar los tímpanos de los chiquillos.

El armonium no tardó en llegar, ni tardé yo tampoco un instante en hacerlo roncar en todos los sentidos, ya echando al aire una Letanía, ya carraspeando un *Tantum ergo*, ora completando (¡buen completar sería!) el acorde de un *Kyrie* de la Misa, ora emprendiendo el rumbo de un *Gloria*. Por espacio de mucho tiempo nadie pudo acercarse á hablar conmigo que no me hallase siempre envuelto en una gruesa nube de sonidos y siempre rodeado de entusiastas y aficionados oyentes, niños y ancianos, aquéllos acosándome sin compasión, colándose por debajo del armonium y á veces montando sobre él con objeto de observar por donde entraban y por donde salían tales voces que hasta allí jamás habían oído, y éstos acurrucados por tierra, silenciosos, y con la baba en la boca, cual otros tantos estúpidos en presencia de tan misteriosos y tan fuertes sonidos (ronquidos deberían llamarse), como salían de tan pequeña caja. Por fin, pude conseguir el sacar en limpio el correspondiente acompañamiento, al menos según mis alcances de entonces, de una sencillísima Letanía cuyo canto ya conocían los niños, primer trabajo de arte que pensaba presentar en la iglesia. Empezaron los ensayos.

Me daba ante los niños aire de gran maestro, y después que les toqué una ó dos veces la tonadilla de la Letanía, empecé á ejecutar el acorde correspondiente por ver si ellos por sí mismos eran capaces de comple-

tar el canto. Y la verdad sea dicha, que á los niños no les fué difícil seguir el acorde del armonium. Indudablemente que aquel ruido hubiera sido suficiente á doblegar al más rehacio. Quedé muy satisfecho del resultado. La Letanía pudo cantarse el domingo inmediato por la tarde con la solemnidad que requería el caso, y ella me atrajo en la próxima fiesta dominical un sinnúmero de concurrentes, en su mayor parte mujeres, que hasta allí jamás habían asistido á la función de la tarde. Siguiéron á estas nuestras primeras pruebas de teclado unos segundos estudios y ruido; se ensayó el *Tantum ergo* ordinario, que si bien por mi parte no dieron el resultado apetecido sino después de grandes sudores y fatigas, por parte de los muchachos estuvieron completados relativamente bien en breve plazo. Muy luego siguió á todo esto el ensayo de una poesía á la Virgen, en turco, á la que yo había *atado por los cabellos* una tonadilla, que siendo aún niño oyerá cantar á los rapaces de mi pueblo al anunciar el mes de Mayo por las calles. Con este último trabajo que los niños aprendieron bastante presto quedaba terminado todo lo necesario para la función de la tarde, y llegaba casi á persuadirme que en general todo ello, canto y órgano, éste sobre todo, andaba conforme á las reglas del arte. Lo cierto es que desde entonces á la función de la tarde asistió mucha más gente aunque á la Misa de la mañana (véase que idea tenía aún por aquel entonces mi gente sobre las obligaciones del cristiano), y yo alentaba la convicción de que á ninguno de ellos les había de dejar escapar, supuestas las múltiples variantes que á Letanías y villancicos pensaba ir introduciendo en adelante. Era cuestión de atraerles



como á los niños por la curiosidad, después ya vendría la convicción.

Pasado algún tiempo, empecé á hacer mis preparativos para arremeter con una Misa cantada. Después de revolver todos los papeles de música que al efecto me había podido proporcionar de las otras Misiones, al fin encontré á mi gusto una de canto llano en sexto tono, sencillísima para mí, ya que era cuestión de ejecutarla (al menos según mis cálculos, entonces casi ya de profesor), con solas una ó dos variantes en el acorde fijo del tono indicado, pero sin saber aún cómo les resultaría á los niños, pues no se trataba ya, como hasta allí, de una cantinela que fácilmente entre en la mollera y en el oído, sino de un canto duro, sujeto á medida, y en oposición casi con los aires del país. Y de hecho tuve que trabajar lo indecible por espacio de cuatro meses para introducir el mencionado canto en la mollera de los chiquillos. Quedaban con esto satisfechas por el momento mis aspiraciones, y tanto por la mañana como por la tarde, podíamos ya dar cima á las funciones religiosas en cualquier solemnidad, *competiendo*, al menos en nuestra fantasía, con las primeras catedrales de Europa. Completar, pues, mis ideales vendría sucesivamente: y mis niños y todo mi pueblo lo mismo se prestarían para atreverse con un triduo ó novenario, que con funerales y demás oficios que quisiera imponerles. Lo principal era que ya supiese conducirlos con los fuertes sonidos de mi armonium, pero esta ya casi no era una dificultad, porque yo cada día hacía mayores prodigios en los misterios del teclado, y cuando no pudiese seguir el canto sabría acogerme á un aparatoso acorde, aunque éste sacase de quicio al mismo infierno, y cuando ni una cosa ni otra me fuese dado hacer, apelaría al solo índice de la derecha con el que era un verdadero *taumaturgo* en el armonium, ó arriaría en redondo aparentando un artístico silencio. Para todo tenía reglas el arte, y quien conocía éstas como yo, no podía encontrar en la música dificultades de relieve.

Mientras, sin embargo, el arte de tocar no se extendiese algún tanto más en la Misión, es decir, mientras yo, músico improvisado, no pudiese también introducir

en los secretos del arte alguno de los niños ó paisanos, había que resignarse á quedar sin intermedios en la Misa, á saber, sin la música del Ofertorio y la demás que se usa durante la Consagración y último Evangelio, lo mismo que sin el *Benedictus* y *Agnus*, pues unos y otras me eran incompatibles con los oficios del altar. Para lo demás me las arreglaba perfectamente, así en las funciones de la mañana como en las de la tarde, aunque fuese *profanando* el respeto que se debe al altar y á la iglesia, al pueblo y á las cosas religiosas. Algunas veces para tocar me serví del armonium puesto debajo del mismo altar, por manera que una vez alzadas las manos y entonado el *Gloria* ó el *Credo*, etc., no hacía otra cosa que pasar aquéllas por debajo del mantel, aplicarlas al teclado, y con uno de los pies dar al pedal produciendo los sonidos que deberían guiar á los niños en el canto. Otras veces, como en la Exposición de la tarde, después de abrir el Sagrario y exponer el Santísimo, despojábame por un momento de la capa pluvial, y con roquete ó alba, según las circunstancias, sentábame al armonium y daba comienzo al *Tantum ergo*, Letanía, etc. Se arreglaban las cosas según se podía; y todo ello, hecho con naturalidad, daba un resultado magnífico, sin que nadie se extrañase de nada porque tampoco nadie había visto otra cosa. Muy por el contrario, á algo más y bastante más estaban acostumbrados con los sacerdotes de sus ritos orientales.

Y así fuí tirando, muy contento y satisfecho de mi obra, por espacio de varios años; sin que ni se me ocurriese podrían resultar irrespetuosas aquellas mis subidas y bajadas del altar, hasta que la obediencia tuvo á bien en los últimos tiempos mandarme como compañero, un Hermano lego italiano, quien aunque no conocía una sola nota de música, *bajo mis auspicios* se improvisó también al poco tiempo un verdadero maestro, supliéndome en el arte del teclado siempre que éste me podía ser de algún impedimento para el completo y ordenado desenvolvimiento de las funciones religiosas en el altar.

FR. MANUEL TRIGO, O. F. M.

## CHINA Y EL TRATADO RUSO JAPONÉS



RAÍZ de publicarse el tratado entre Rusia y el Japón acerca de la Manchuria, la crítica, con razón ó sin ella, ha ido más allá de lo que se expresa en las cláusulas del mismo. La prensa inglesa y americana recoge con verdadera fruición los juicios emitidos por los japoneses sobre lo contenido en dicho tratado. Las declaraciones hechas en el *Nipponjin* por el Dr. Ariga han sido comentadas con calor tan pronto como pasaron al dominio público. En ellas ven ciertas nubes que amenazan descargar sobre la integridad del territorio chino, rompiendo los estrechos lazos de la alianza que el Japón tiene con Inglaterra, y cerrando el *Open door* al comercio que no sea ruso ó japonés.

China no puede estar tranquila con un enemigo tan

poderoso y voraz á las puertas de su territorio, y á esto, sin sombra de duda, obedece el llamamiento que ha hecho el Regente á los prohombres del Imperio para que se reúnan en la capital del mismo. ¿Qué resultados tendrán las conferencias de los eminentes? Mientras China permanezca aislada del resto de las naciones civilizadas, no vemos manera de que tengan valor y eficacia los métodos que excogite para poner coto á las desmedidas ambiciones de sus vecinos los nipones.

Verdad es que Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos han prometido solemnemente conservar íntegro el territorio de tan vasto Imperio; pero esas promesas, aunque solemnnes, admiten pronta modificación cuando las circunstancias aconsejen tomar otro rumbo. Bien solemnemente se juró la independencia de Corea á la terminación de la guerra ruso-japonesa en Portsmouth,



y bien descaradamente se ha proclamado la anexión al Imperio del Sol Naciente, con aprobación unánime de las cancillerías.

En 1884 se disputaron China y el Japón la tutela de Corea; pero los gabinetes europeos, con acuerdo que les honra, evitaron que cayese en manos de unos u otros, salvando la independencia é impidiendo la inicua absorción por uno de los dos rivales.

Más tarde, en 1894, bien conocidas fueron las intenciones del Japón, y se tuvieron que contentar con la isla de Formosa—recompensa al triunfo obtenido sobre las armas del Celeste Imperio,—porque otra vez los gabinetes europeos estorbaron la anexión. En esta, como en otras muchas empresas llevadas á cabo por los japoneses, brillan una constancia y tenacidad dignas de estudio. Donde ponen la intención, más tarde ó más temprano allá van, primero de hecho y luego de derecho, como ha sucedido con el Imperio de Corea y como sucederá con la parte Sur de la Mandchuria. Que estas provincias de la China siguen las mismas etapas que el reino de Corea, para nosotros es indudable. ¿A qué obedeció el tratado chino-japonés del año anterior? ¿A qué obedece el tratado último con el Imperio Moscovita? Los mismos japoneses, tan patriotas y tan avisados en todo lo que pueda perjudicar ó estorbar el engrandecimiento de su nación, no se recatan para hacer insinuaciones más ó menos veladas, más ó menos claras, en las que se adivinan, sin gran esfuerzo, las ávidas intenciones de que la Mandchuria vaya á enriquecer el gran patrimonio del más poderoso Soberano del Extremo Oriente.

Lo peor de todo es la indiferencia con que las naciones extrañas contemplan el inicuo despojo del débil sin protesta de ninguna clase, como la cosa más natural y legítima, como si la fuerza del derecho se identificase con el derecho de la fuerza. En vista de semejantes expoliaciones, nos parece una burla el derecho internacional (1).

Las relaciones amistosas entre América y el Japón, á pesar de las declaraciones oficiosas de que nunca han sido tan íntimas y sinceras como al presente, dejan mucho que desear de tres años á esta parte. Hawaii, San Francisco, Vancouve son testigos abonados que no permitirán desmentir nuestro aserto. El Japón, tan astuto como prudente, sufre y calla, pero se prepara en silencio para los acontecimientos que el día de mañana han de realizarse. Los Estados Unidos dieron la razón al Japón, y trataron de hacer ver que se oponía resueltamente el Gobierno—en apariencia con mano dura—á los desmanes y atropellos de sus súbditos.

El Japón poco ó nada puede esperar ya de su antigua aliada, y menos si en el porvenir se las ha de haber con los americanos, de quienes son uña y carne los ingleses; por eso ha cambiado de rumbo y ha estrechado los lazos de amistad con su rival de ayer. Desde luego tiene más importancia el tratado último entre Ru-

sia y el Japón de la que á primera vista aparece en la superficie, quizá tanta como la que algunas opiniones aisladas le han querido atribuir. Para nosotros significa más de lo que allí se expresa, y es algo así como el enfriamiento de amistades que no llegaron nunca á consolidarse, y que sirvieron para alejar de las puertas del Imperio el poder de los moscovitas; pero una vez logrado este fin, queda sin finalidad el lazo que los unía. Los japoneses deben gratitud á ingleses y á americanos y la han demostrado, pero no han de comprometer los intereses de su nación por nada ni por nadie. Para salvar éstos ratificaron la alianza con Inglaterra. El Japón ha visto que, el día que tenga por enemigo al americano, su aliada se pasa con armas y bagajes al bando opuesto; que la amiga de hoy le hace traición mañana: por eso su política ha cambiado de táctica, y sin romper los compromisos adquiridos anteriormente, la orientación la lleva por otros horizontes.

Se ha de advertir que Rusia no debe ningún favor á los Estados Unidos ni á la Gran Bretaña; al contrario, tiene motivos más que suficientes para vivir muy alejada de esos países, por el apoyo decidido que prestaron al Japón en la última contienda. Esto contribuye á que no se suavicen asperezas que vienen de muy antiguo. Los elementos díscolos de la India han creído los ingleses que merecían las simpatías de Rusia, contribuyendo esto á aflojar los estrechos lazos de armonía que deberían existir entre ambas naciones. Esa tirantez de relaciones se acentuó más y más al sonar el primer cañonazo en Chemulpo (Corea), y no lleva trazas de que cese tan pronto.

La tendencia á armonizar y suavizar las ásperas relaciones que existieron en el fragor de la lucha se planteó en América y se ha consolidado últimamente con el novísimo tratado entre Rusia y el Japón. Inglaterra se contenta con exigir fórmulas amplias, hijas de los principios supremos del *Open door*, y la integridad del Celeste Imperio, con las que ve alejarse todo peligro para sus intereses mercantiles, reconociendo que la influencia mayor ó menor en política recae necesariamente en los mercados. A nosotros nos parecen tan irónicas las bases de integridad, como resultaron ridículas las de la independencia de Corea. Inglaterra ayer no admitía ni reconocía otra limitación que la independencia del reino absorbido, y hoy concreta su acción á la integridad de la China y á la puerta abierta. Veremos con el tiempo lo que de éstas queda.

Con las nuevas orientaciones del Japón, la que ha de salir perdiendo es China. Rusia al Norte de la Mandchuria, con vivas ansias de buscar el desquite en la Mongolia, y el Japón en Corea, con un pie en la parte Sur de la Mandchuria, mientras Inglaterra y los Estados Unidos la brindan con su apoyo moral y platónico. La política de inacción é indiferencia, con respecto á los destinos del Extremo Oriente, que sigue Inglaterra en combinación con la América del Norte, ha hecho exclamar á los chinos: «¿Dónde está el altruismo con que ciertas naciones garantizaban la integridad é independencia de territorios que han venido á ser despojos y botín del más poderoso?» Y conste que este grito no nace de compasión por la suerte de Corea, sino porque se ven ahogados en su misma casa. Hoy por ti, mañana

(1) «Moreover the aggregation of immense military power by an alliance between two or more countries may lead to the despoiling of weaker nations without a possibility of an effective protest being raised.» (*Daily News* 8/9/10). Si las bases jurídicas del Derecho internacional radican en este principio, ya pueden prepararse para una buena muerte las naciones chicas y débiles.



por mí. De seguir las cosas el rumbo normal, China está amenazada de muerte. Inglaterra ambiciona el Tibet; Rusia la Mongolia; Francia la provincia de Yunnan; Alemania la de Chantung; el Japón y Rusia la Mandchuria, y hasta el reino de Portugal disputa á China la isla de Vangkiang.

A juzgar por los atropellos que quedan sin sanción, se puede hacer bueno aquel dicho de que la política no tiene entrañas. Irlanda, Polonia y últimamente Corea—tristes despojos de la desmedida ambición de sus vecinos más poderosos—han sucumbido ignominiosa-

mente en manos de una diplomacia cruel, sin la menor protesta, autorizada por los poderes que rigen los destinos mundiales. Con semejante teoría, el derecho del más fuerte prevalecerá; los pueblos chicos han de vivir tanto como quieran los pueblos vecinos que dispongan de mayor ejército, sin recibir el consolador pésame de los extraños al morir para siempre á la vida de la independencia.

P. G. CASTRILLO.

Sanghai, Septiembre de 1910.

(España y América).

## EL BEATO PEDRO DE LA ASUNCION, SACERDOTE, RELIGIOSO MENOR, MARTIR DEL JAPON



RIUNDO de Cuerba, en la diócesis de Toledo, siguió sin vacilar, desde sus primeros años, el ilustre mártir Pedro de la Asunción, las inspiraciones de la gracia, tomando el santo hábito franciscano. Hizo tan rápidos progresos en la virtud, que tan pronto como hubo celebrado su primera Misa, sus superiores le encargaron la dirección del noviciado. La contemplación fué para el santo Religioso manantial fecundísimo de gracias extraordinarias, que empleó siempre en beneficio del prójimo, llegando á la cumbre de la perfección con los ayunos, cilicios y disciplinas con que afligía su cuerpo.

En 1600, cuando el P. Juan de Zamora regresó á España para recoger nuevos Religiosos con que aumentar las Misiones de Filipinas y del Japón, el Padre Pedro de la Asunción, que estaba de Guardián del convento de Nuñez, alcanzó de sus Superiores que le dejaran pasar con cincuenta compañeros más al Nuevo Mundo para evangelizar á los infieles.

En 1607, al llegar al Japón, aprendió casi prodigiosamente la lengua del país, lo que le facilitó en gran manera captarse las simpatías de los naturales, y nombrado Guardián del convento de Nangazaqui, continuó dando rarísimos ejemplos de mortificación, de celo y de caridad apostólica. Dedicado más especialmente á evangelizar los reinos de Figen y Omura, pasaba los días y la mayor parte de las noches catequizando, instruyendo y bautizando con infatigable ardor á los infieles, teniendo la inmensa dicha de convertir á millares de indígenas.

Pero, á pesar del enorme bien que producían los trabajos apostólicos del P. Pedro, las antiguas creencias triunfaron en los gobernantes, y, en 1614, el santo misionero tuvo que abandonar su convento, dedicándose á recorrer los campos y parajes solitarios en los montes donde se refugiaron los cristianos perseguidos, para escapar á las activas pesquisas de los emisarios del Gobierno, á fin de exhortarles á continuar en el camino emprendido, procurándoles al efecto todos los auxilios espirituales y temporales que podía.

Hallándose el P. Pedro cerca de Nangoya, á pocas leguas de Nangazaqui, supo que el gobernador hacía grandes gestiones para apoderarse de él; los cristianos le instaban para que escapase, mas él, sabedor asimismo de que algunos murmuraban de que los predicado-

res les exhortasen al martirio y ellos procurasen evadirlo, les dijo con admirable dulzura: «Hijos míos, no temáis por mi suerte y pensad solamente en vuestra salvación. Si llegan á prenderme, ¿qué dicha mayor puedo esperar, que sufrir y morir por Jesucristo?... Si alguna vez huímos ó nos escondemos durante la persecución, es porque somos pocos sacerdotes, y si nos matan quedáis sin tener quien os dirija por los caminos del cielo; no obstante, si ahora Dios me da ocasión de coger la palma del martirio, sin que yo la haya buscado temerariamente, no os amilanéis, que en vez de rechazarla, con el auxilio del Señor, me propongo daros un ejemplo de perseverancia y de valor.» Apenas pronunciadas estas palabras, y cuando empezaba á escuchar las confesiones de algunos fieles discípulos, se presentó un enviado del gobernador que le intimó la orden de presentarse en Nangoya, porque quería reconciliarse con la Iglesia, de que había apostatado. Los cristianos le instaron mucho para que no accediese, pero el intrépido misionero, aunque sospechaba la dañada intención del gobernador, se despidió de sus hijos espirituales asegurándoles que se ponía en manos de la Divina Providencia, que no abandona nunca á los que en ella fían.

Al llegar á Nangoya fué encarcelado. En el momento de prenderle besó el Crucifijo que llevaba pendiente del cuello, y exclamó: «Oh, Dios mío! ¿Cómo he podido merecer, yo, pobre pecador, ser aprisionado por vuestro amor, cuando habéis rehusado este favor á mi glorioso Padre San Francisco?»

Afortunadamente la esposa del carcelero era cristiana, y por su mediación pudo secretamente escribir al P. Apolinar Franco, Comisario de los Franciscanos del Japón, y procurarse todo lo necesario para celebrar el santo sacrificio de la Misa dentro de su mismo calabozo.

El 1.º de Mayo de 1617 fué encarcelado en compañía del P. Pedro de la Asunción el P. Juan Bautista Tavora, de la Compañía del Jesús. Al verse, los dos santos varones se abrazaron vertiendo abundantes lágrimas, felicitándose de la inmensa dicha que les cabía de dar su sangre por Jesucristo.

De allí en adelante continuaron llevando unidos una vida de penitencia y oración para prepararse al martirio, que no ignoraban sería el término de su cautiverio. El día 21, fiesta de la Santísima Trinidad, el Señor



reveló al P. Pedro, mientras celebraba la Santa Misa, que se aproximaba la hora de su muerte. Al día siguiente dijo al P. Tavora: «Hoy celebraremos por última vez el Santo Sacrificio; ofrezcámoslo con todo el fervor y devoción de que seamos capaces por la conversión del gobernador apóstata y de los japoneses.

Hacia el mediodía les fué notificada la sentencia de muerte que debía cumplirse aquella misma tarde. Al oírlo, los dos heroicos confesores de la fe entonaron el *Te Deum*, tomaron una sangrienta disciplina, se confesaron mutuamente, y entre oraciones y pláticas espirituales esperaron tranquilos la hora de la ejecución. Al caer de la tarde fueron conducidos al lugar del suplicio; el P. Pedro tenía en las manos el Crucifijo, la Regla de San Francisco y la disciplina; el P. Tavora, su Crucifijo y su diurno. Al salir de la cárcel empezaron á cantar la Letanía de la Santísima Virgen; al llegar al sitio de la inmolación, dirigieron algunas palabras de despedida y algunos consejos á la multitud que había acudido á verles, unos por curiosidad, otros por compasión; luego se abrazaron, y puestos de rodillas el verdugo cortó sus cabezas, como el jardinero corta dos delicadas rosas para perfumar el ambiente del salón de su dueño; así las almas de los dos mártires, al volar al cielo, perfumaron con el aroma de sus virtudes el trono del Señor de cielos y tierra.

Los cadáveres de los dos misioneros fueron colocados en dos ataúdes y sepultados en el mismo sitio, y como se obrasen muchos milagros invocando su protección, de ahí resultó que muchísimos paganos se convirtieron y los cristianos se afirmaron más y más en sus creencias. Diez días después fueron decapitados en una isla vecina el P. Navarrete, Provincial de los Dominicos, y el P. Fernando de San José, Provincial de los Agustinos; entonces el gobernador hizo desenterrar á los dos Padres ya martirizados, mandando colocar al P. Navarrete con el P. Tavora y el P. Fernando con el P. Pedro, y así, atados con grandes piedras, arrojarles al mar. Los cristianos de Nangazaqui fueron con trescientas barcas á explorar el mar, para ver si daban con los santos despojos; pero su celo resultó inútil; sólo al cabo de seis meses el mar arrojó á la orilla el ataúd que contenía los dos cadáveres de los PP. Pedro y Fernando, los cuales fueron encontrados intactos por lo que fueron conducidos á Nangazaqui y colocados al pie de dos altares. Como fueron muchísimos los testigos del prodigio, el Papa Pío IX, por decreto de 26 de Febrero de 1867, lo reconoció y aprobó. Más adelante, el cuerpo del Beato Pedro de la Asunción fué trasladado á Manila, donde se venera en la iglesia de la Orden.

A. M.,  
Terciaria Franciscana.

## EL SANTO VIÁTICO EN COCHINCHINA



La cristiandad para la que acabo de ser nombrado cura vicario, es muy antigua; la fundaron Franciscanos españoles ó portugueses, hace dos siglos, y debe su salvación y longevidad á la situación en que se encuentra colocada, perdida en el

fondo de un barranco, entre dos grandes brazos del río Mékong, en su embocadura; no es de fácil acceso, y sus jardines, por donde atraviesan varias corrientes de agua y terrenos pantanosos, son propios para constituir un buen retiro. Pero, en cambio, tienen el inconveniente de tener comunicación sólo por agua, en piragua, barca ó sampan.

Apenas llegué, tuve que administrar el Santo Viático á un enfermo; fué un caso verdaderamente poético y conmovedor. De sobrepelliz y llevando el copón, el sacerdote se sienta bajo el cobertizo del sampan; ante él se colocan los niños que llevan los faroles y uno de ellos sostiene el quitasol abierto, como antiguamente era usanza de los mandarines. Seis remeros, vestidos de gala, con la cabeza descubierta á pesar del sol abrasador, mueven los remos á compás, mientras que dos jovencitos entonan con voz argentina las palabras de un cántico. El ritmo es dulce, sin medida, con finales sordos que se hacen teniendo la boca cerrada; á intervalos, según bases, se hace oír un tantán, formado por un disco de bronce de grande espesor que, al herirle deja oír un vibrante sonido que anuncia el paso de Dios.

A nuestro paso las barcas se detienen y abren calle; remeros y comerciantes se echan encima sus capas y saludan respetuosamente quitándose el sombrero; has-

ta los que no profesan la religión católica, dejan el trabajo y se colocan en actitud deferente.

Y la barca se va perdiendo en la inmensa ribera, de orillas tan estrechas, que los grandes cocoteros parece que se inclinan para hacer un dosel al paso de su Creador. Sí, la Naturaleza debe festejar el paso de Dios, ¿quién sino los Misioneros de la comarca han cultivado aquellos jardines, en otro tiempo selva virgen, donde reinaba el tigre, menos cruel que los mandarines?

Empujada por brazos vigorosos, la barca avanza, acariciada por las ramas de los árboles de la orilla, cercada de jardines, pasando sin tropiezo bajo los puentes de bambú. Aquí y allá largos tablonos muestran los embarcaderos que se utilizan en mareas bajas. Un golpe más de remo y hemos llegado; ya era tiempo, porque los pobres cantores iban perdiendo el aliento en sus largas canciones.

Se desembarca; toda la familia nos espera vestida de día de fiesta y se postra al paso del sacerdote que que es portador de la Hostia santa. Sobre el altar, preparado por la familia, que resplandece de luces y flores, el Misionero deposita su preciosa carga.

El enfermo es una respetable anciana que se extingue; e nvió á sus nietos para que le trajeran el Dios de bondad con toda ceremonia; grandes y chicos todos están allí, sumando unos veinte entre todos. Después de la Comunión, los cantores vuelven á entonar sus cánticos para la acción de gracias.

El Misionero se sienta á reposar un momento sobre el césped; le traen un coco fresquísimo; conversa un rato con las personas allí reunidas, pide noticias, se interesa por todos y después se vuelve á la barca, esta



vez sin ceremonial; los remeros se ponen su sombrero de paja, se quitan ropa, dejando al descubierto el pecho bronceado, y se vuelve á desandar lo andado por los mismos derroteros.

Aunque estaba acostumbrado á la espléndida vegetación tropical, nunca como el día que conduje la santa Eucaristía había gustado sus encantos, tratando de asociar á todas las criaturas para que adorasen á aquel Dios hecho hostia, que llevaba pendiente de mi cuello en un pobre copón de metal.

Otra vez me llamaron para administrar á una niña que padecía *béri béri*, terrible enfermedad especial del país. Los pies habían empezado á hincharse extraordinariamente, después subía la hinchazón progresivamente. Cuando me llamaron, llegaba al vientre y obstruía el pulmón. Se ahogaba y no podía estar echada; uno de sus parientes la tenía incorporada; á los períodos de ahogo seguíanse verdaderos alaridos.

Cuando llegué no la pude confesar. «No puedo, me dijo, sufro demasiado.» Sólo pude administrarle la Extremaunción. Desde aquel instante, al recargo de sus ahogos comenzó á llamar á Dios en su ayuda; después, por la noche, dejó de sufrir; el ahogo seguía, pero los alaridos cesaron; así es que á la mañana siguiente pudo confesarse y recibir el santo Viático. Por la tarde la pobre niña había muerto, pero había demostrado una resignación ejemplar; ella misma consolaba á sus padres: «No lloréis, he recibido al Dios de bondad esta mañana. Me recibirá á su vez en el cielo. Si sufro, es en

expiación de mis pecados y de los vuestros.» Si hubiese yo hecho caso del catequista, que no la encontraba bien preparada, hubiera yo sufrido una grande equivocación.

Así es cómo puede verse palpablemente el efecto de los Sacramentos. La niña tenía al principio una completa inconsciencia, estaba rendida por los sufrimientos del cuerpo; después, al recibir la Extremaunción, cesan los alaridos, y los gritos de dolor se truecan en invocaciones; en fin, sostenida por el santo Viático, su alma comprende lo que es la unión con Dios y la necesidad de prepararse al gran viaje; así lo dice á sus padres y quiere hacérselo comprender para consolarlos.

Esto no es un milagro; es, sí, el efecto natural de los Sacramentos. Me pregunto cómo podrían explicarse esto los racionalistas de otro modo. De parte mía no hubo sugestión; como yo no hablaba aún bien el annamita, costábame mucho trabajo hacerme entender de la pobre niña. Tuve sencillamente que limitarme á hacer todas las ceremonias requeridas, dije de corazón las hermosas oraciones de la Iglesia, y Dios me escuchó, porque soy su Sacerdote, porque me ha dado el poder para ejercer su ministerio, siendo entre sus manos sólo un instrumento, una máquina; ni mi personalidad ni mis virtudes, cualesquiera que sean, tuvieron en este acto influencia.

No es posible figurarse cuánto consuelo me proporcionó el convencimiento de esto que afirmo.

ABATE ENRIQUE BARRÉ,

*Terciario de San Francisco, Misionero Apostólico.*

## BIBLIOGRAFIA

Son de la Biblioteca *Desde lejanas tierras*, galería de narraciones ilustradas, dedicadas á la juventud, coleccionadas por un Padre de la Compañía de Jesús, los cinco nuevos tomos editados por Herder de Friburgo, que hemos tenido el gusto de recibir:

*Dos Rosas. Abdul Masich, el niño mártir de Singara.*—Hadra, la pequeña confesora, por el P. Antonio Huonder, S. J. Con seis grabados. (X y 124 págs.).

Un anciano Misionero Capuchino para instrucción de algunos muchachos cristianos, les lee y cuenta á trozos, en forma de leyenda, la verdadera historia ó actas del martirio de un joven pastor, de familia judía, que por haber aceptado la doctrina de Cristo, fué muerto por su mismo padre, hacia los años 390 de nuestra era, en las tierras de Singara, en la Mesopotamia: ésta es la rosa encarnada. — La pequeña Hadra, que con todo su corazón quiere convertirse en cristiana, dos veces raptada por sus parientes mahometanos, pero que siempre huye de entre ellos, acabando por participar de la gracia del bautismo: ésa es la rosa blanca.

*El Angel de los Esclavos*—Cuento del Brasil por el Padre Ambr. Schupp, S. J. Con seis grabados. (X y 88 págs.).

Una joven, hija de riquísimo americano, ha recibido en un convento de Alemania cristiana educación. Cuando vuelve á su patria, lleva en el corazón el deseo de aliviar la dura suerte de los esclavos. Así lo hace, trabajando de palabra y de obra, y sacrificando su vida por el bien de los mismos. Influye en su padre, que ocupa elevada posición, y logra hacerle contribuir en alto grado á la abolición de la trata.

*El Expósito de Hongkong*, y otras narraciones, por el P. Antonio Huonder, S. J. Con seis grabados. (X y 88 p.).

Estas historietas pintan con maestría la acción fecunda en bendiciones de los misioneros en China, la caridad y abnegación con que socorren y salvan á los pobres hijos de los paganos, frecuentemente condenados á muerte por la dureza de corazón de sus mayores.

*La Fuente sagrada de Chichén-Itzá.*—Narración del antiguo Yucatán, por el P. Antonio Huonder, S. J. Con seis grabados. (X y 138 págs.).

Narración, de la época de los primeros descubrimientos,

tan abundante en aventuras y proezas. Una rara ocurrencia trasladó á dos hermanitos españoles á la costa de Chichén-Itzá, la «ciudad de la fuente sagrada», cuyas bien conservadas ruinas son todavía hoy el encanto de todos los exploradores. La sangre humana humea en los altares de los espléndidos templos de los ídolos; en el «tlaxtli» vuela la pelota del predilecto juego nacional; las vírgenes consagradas al templo se agitan en las amplias terrazas del «palacio de las monjas», y en las espaciosas plazas se deja oír el confuso rumor de la algazara de los grandes juegos populares. De pronto aparece en este extraño mundo, ya extinguido, el primer europeo, el conquistador español. Dos civilizaciones completamente distintas se contemplan cara á cara admirándose. Se traba el combate. Triunfa la espada española; el signo del Redentor derriba el símbolo del antiguo dios de la lluvia y sus altares ensangrentados.

*Los Mártires de Uganda*—Relación tomada de la historia de las Misiones de Africa Central, por un Padre de la Compañía de Jesús. Con seis grabados. (X y 76 págs.).

¿Qué espectáculo más hermoso para la niñez y juventud, hoy que vemos arrojar el nombre de Dios y el santo Crucifijo de tantos centros de enseñanza? ¿Qué ejemplo más atractivo y eficaz que el martirio de estos héroes cristianos, niños los más y pajes del tirano Muanga, que nacidos en medio del salvajismo africano saben morir por su Dios, y por la virtud del santo Crucifijo triunfan de los mayores tormentos?

Delicadeza de sentimientos, interés, santas enseñanzas, amenidad, rico caudal de conocimientos geográficos de esto y mucho más evalúa los nuevos tomos de esta tan conocida y tan justamente elogiada Colección de narraciones para la juventud.

Precios de los anteriores tomos: en rústica, Fr. 1; en media tela, Fr. 1'25; en tela lujosa (para premios), Fr. 2, cada uno.

*Limosnas para coadyuvar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe*

*Para las Misiones más necesitadas*

*Tortosa.*—Joaquín Ferreres. . . . . 10 Ptas.  
*Elgoibar.*—Pedro J. Alcorta. . . . . 2'10 »

*Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona*